

EXAMEN DE LIBROS

Gilbert M. JOSEPH: *Revolution from without: Yucatan, Mexico, and the United States, 1880-1924*, Cambridge University Press, 1982, 405 pp. (Cambridge Latin American Studies 42.)

Hoy en día, uno de los pocos puntos en el que parecen coincidir los estudiosos de la Revolución Mexicana es en el hecho de que ésta no fue en realidad un movimiento general y uniforme sino, por el contrario, un mosaico de levantamientos regionales disímiles en cuanto a la procedencia social del grueso de sus participantes y sobre todo de sus líderes, en las raíces que le dieron vida, en sus objetivos y realizaciones. Probablemente el reto que mas claramente se presenta ahora a los estudiosos de la revolución de 1910 es, precisamente, llegar a comprender su gran heterogeneidad para, eventualmente, volver a construir una visión general mas precisa que las originalmente propuestas.

El largamente esperado estudio sobre la revolución en Yucatán que elaboró Gilbert Joseph contribuye de manera significativa a este esfuerzo. Este libro de la colección Cambridge Latin American Studies permite conocer uno de los casos más intensos y peculiares de la revolución mexicana. En varios aspectos la revolución en este estado fue *sui generis*: llegó tardíamente —hasta 1915—, fue poco violenta, y en su primera década (1915-1924) constituyó uno de los experimentos mas radicales de entre los que entonces se llevaron a cabo en el país. En buena medida el origen de éstas y otras peculiaridades se encuentra en la dramática dependencia que padecía la economía yucateca la que desde el último tercio del siglo XIX, tenía como eje único el cultivo del henequén. Este “oro verde” permitiría a la entidad llegar a ser la más próspera del México porfirista. Pero su dependencia de los ritmos y fluctuaciones del mercado internacional, y de las firmas norteamericanas que lo comercializaban, hizo a la península particularmente vulnerable a fuerzas ajenas al país.

Desde mediados del siglo XIX las plantaciones henequeneras se habían ido convirtiendo en empresas capitalistas de gran escala que hacían un uso intensivo del capital, la tierra y el trabajo. También entonces comenzó la vinculación de Yucatán con nuestro

poderoso vecino del norte. Serían los requerimientos de la agricultura mecanizada norteamericana —para parte de la cual el henequén era indispensable— los que transformaron totalmente a la región durante el gobierno de Díaz.

El auge que alcanzó el henequén entre 1880 y 1915 estuvo acompañado, en la península por una creciente concentración de la tierra, de las capacidades productivas y del poder político en un número cada vez más reducido de familias, en la famosa “casta divina”. Tan sólo unas veinte o treinta familias interrelacionadas económica, política y matrimonialmente —en especial sus miembros más poderosos Olegario Molina y su yerno Avelino Montes— llegaron a controlar cerca del 90% de toda la fibra cultivada. En 1902, mediante la fusión de varias compañías surgió la International Harvester Company que por diecisiete años logró un verdadero imperio informal sobre la entidad. Sería precisamente a través de acuerdos y pactos secretos con Molina y Montes que la Harvester monopolizaría la venta del henequén fuera de México logrando hacer fluctuar su precio de acuerdo con sus intereses.

Concomitantemente, hubo transformaciones dramáticas en la sociedad local. La fuerza con la que aquí se expandió la hacienda henequenera parece haber sido mucho más devastadora que lo que fue, por ejemplo, en el centro del país. Conforme los henequenales iban englobando zonas cada vez más amplias de las áridas mesetas yucatecas se fue haciendo trizas el antiguo orden social, aquél que había permitido la coexistencia de haciendas dedicadas al cultivo de cereales y el ganado, junto con antiguas comunidades de indios mayas cuyas tierras les permitían una economía de subsistencia, así como la conservación de su identidad política, social y cultural. Ambas prácticamente sucumbieron ante el empuje de la modernización y especialización económica.

Probablemente sería en Yucatán en donde, durante el viejo régimen, se impusiera el sistema de más rigurosa explotación y represión a las masas indígenas y al resto de los trabajadores del campo. Ante la escasez de mano de obra los finqueros yucatecos convirtieron sus plantaciones en centros de virtual esclavismo. Con la ayuda del gobierno federal importaron miles de indios yaquis rebeldes de Sonora, a “enganchados” del centro del país, disidentes políticos y hasta inmigrantes extranjeros, básicamente de origen oriental. En los henequenales las condiciones de trabajo eran extraordinariamente severas, aun para patrones nacionales: los cas-

tigos físicos abundaban, las condiciones de salubridad eran lastimosas, la atención médica prácticamente inexistente, y el índice de mortalidad mucho más alto que el de los nacimientos. Dos terceras partes de los yaquis que se enviaban desde el norte del país —el segundo componente de la fuerza laboral— moría en el curso de su primer año en Yucatán. Los trabajadores de las plantaciones acabaron convirtiéndose en una mercancía cuyo valor estaba determinado por las fluctuaciones del mercado henequenero.

Uno de los problemas centrales que se intenta dilucidar en esta obra es el de porqué los campesinos yucatecos no lograron dar forma a una movilización revolucionaria, que surgiese desde sus propios pueblos y que exigiese la tierra u otra demanda igualmente específica. El problema es especialmente interesante si tomamos en cuenta que el campesinado maya estaba lejos de ser una masa inerte y pasiva. Todo lo contrario, desde la colonia había habido varias sublevaciones mayas, mismas que culminaron en la apocalíptica "guerra de castas" de 1847, uno de los episodios más sangrientos de nuestra historia. Pero la lógica con que se resolvió esta guerra actuó en favor de la burguesía agroexportadora: los indios rebeldes se internaron en las impenetrables selvas que rodean a Yucatán, y los que quedaron en las haciendas como peones tuvieron que someterse a uno de los sistemas represivos más eficientes del país.

El autor arguye que la falta de movilización popular se puede explicar, en buena medida, como un legado del monocultivo, de la marcada dependencia de la economía local y del rigor con el que operaba el sistema de plantaciones. La conjunción de estos factores había privado a los campesinos mayas de aquello que les brindaba su identidad como grupo y las bases de su sobrevivencia: sus tierras comunales. Una vez desgarradas sus comunidades, los mayas sufrieron una dislocación demográfica, y quedaron encerrados en plantaciones aisladas unas de otras, virtualmente excluidos de todo contacto con el exterior. La influencia proveniente de áreas urbanas, históricamente decisiva para el surgimiento de movimientos agrarios quedó nulificada. Otro factor que inhibió la combatividad popular fue el que en las plantaciones convivieran grupos tan heterogéneos; hombres de diversos orígenes raciales, sociales y geográficos, atados por pocos intereses comunes a largo plazo. En última instancia, a diferencia del caso zapatista en donde los combatientes provenían de comunidades agrarias pobres pero

viables, y que aún luchaban por su sobrevivencia, en Yucatán el campesinado tradicional era ya obsoleto.

La falta de movilización campesina, o incluso de una expresión colectiva de serio malestar entre las masas rurales, combinada con el poder económico y el control social que ostentaba la burguesía henequenera hicieron imprescindible el que, para transformar a la península, la revolución debiese ser traída desde fuera e impuesta desde arriba.

Esto fue precisamente lo que sucedió desde 1915 cuando la entidad fue ocupada por el ejército constitucionalista al mando del general sonorenses Salvador Alvarado, debido a la necesidad que tenía Carranza de utilizar los enormes recursos financieros generados por el "oro verde" en la guerra que libraba contra convencionalistas, villistas y zapatistas.

Sería Alvarado quien importara e impusiera sobre la entidad una serie de reformas que, aunque relativamente moderadas, sentarían las bases de futuras transformaciones revolucionarias. Como tantos otros dirigentes de la Revolución Mexicana, Alvarado era un antiguo rancharo, fuertemente influido desde joven por ideas socialistas entendidas éstas, básicamente, como un compromiso por mejorar de manera sustantiva la vida de obreros y campesinos. En el programa que Alvarado aplicó en Yucatán se consideraba indispensable que el Estado desempeñara un papel activo como regulador e interventor en la economía. Su objetivo central consistía en eliminar todo aquello que obstaculizara un progreso material acelerado y equilibrado, un capitalismo capaz de acabar con el atraso y la semiesclavitud en que vivía el peonaje, con la gran hacienda improductiva, y —dado el intenso nacionalismo del sonorenses— con la influencia avasalladora del imperialismo norteamericano en la península. En su esquema revolucionario el hacendado eficiente y nacionalista nada tenía que temer pues se trataba de conciliar y complementar al capital con el trabajo. No era pues de extrañar que el régimen alvaradista apoyase a la propiedad privada en detrimento del ejido, pues para el gobernador —como en general lo fue para el grueso de los líderes norteros— el ejido era una forma de explotación atrasada y superable. Sería precisamente la anhelada modernización económica, y no el regreso a los antiguos sistemas organizativos de los campesinos mayas lo que redimiría a los trabajadores.

Desde el inicio, Alvarado dejó fuera de duda que la revolución había llegado a Yucatán. Mostrando una honestidad poco común

en la época, así como un profundo respeto por los yucatecos, el sonorenses dirigió su embate a la "casta divina" confiscando sus propiedades. En seguida dismanteló el viejo sistema policiaco, que era sustento vital para las plantaciones. Los alvaradistas se hicieron cargo de los cuerpos armados municipales y de las funciones de los antiguos jefes políticos. Como tantos otros carrancistas durante la vida preconstitucional del país, Alvarado atacó duramente a la iglesia —lo que le enajenó el apoyo de amplias capas de la población— y dio una importancia extrema a su programa educativo. El gobernador también creó una base de poder entre los obreros: legalizó a sus uniones y sindicatos, y una ola de huelgas protegidas por él azotó a la entidad. A fin de cuentas, en relación con lo que ocurría en el resto del país, y sobre todo con la historia local, la revolución alvaradista fue progresista. A ella debe darse crédito por quebrantar el mecanismo represivo de las plantaciones, por destruir las relaciones de cuasiesclavitud, por abolir el trabajo forzoso —lo que liberó a alrededor de cien mil peones— y, en forma modesta, por iniciar la movilización campesina en la entidad.

Alvarado también introdujo reformas profundas en la comercialización del "oro verde" con el fin de que las fabulosas ganancias que éste generaba se quedaran en el país y que —lo que efectivamente sucedió— alcanzaran a derramarse por sobre todas las capas de la sociedad yucateca. Dotado de una gran energía y guiado por un nacionalismo extremo, Alvarado arrebató a la "casta divina" su monopolio sobre la producción y la exportación henequenera, lo que le permitió enfrentarse e imponer algunas de sus condiciones a la poderosa International Harvester. En cuatro años, el precio del henequén aumentó en un 400%. Pero este gran triunfo no sólo se sustentó en circunstancias internas sino, en buena medida, en las condiciones del mercado internacional que entonces empujaban al henequén al alza: la enorme demanda producida por la guerra mundial y el que Estados Unidos no pudiera adquirir algún sustituto de esta fibra en otra región del orbe.

Por otro lado, la revolución alvaradista también presentó aspectos conciliadores. El central fue la decisión de no tocar ni la estructura de la propiedad —su programa ejidal fue sumamente moderado— ni la economía exportadora de la región. A los hacendados henequeneros, fuera de los miembros más conspicuos de la

“clase aristocrática y parasitaria”, incluso se les incorporó en cargos gubernamentales de planeación y dirección. El genio político del sonorenses se mostró en su habilidad para integrar una coalición que incorporara tanto a henequeneros conservadores, como a intelectuales radicales, obreros y campesinos, y que los comprometiera con un programa que, a pesar de su radicalismo ideológico era moderado en la realidad. Representantes de la diminuta clase media yucateca y de los obreros operaron como “agentes de propaganda” que llevaron el programa alvaradista al campo, a las fábricas y a las escuelas. Surgió así una generación de líderes socialistas, como Felipe Carrillo Puerto, quienes más tarde profundizarían la revolución yucateca.

Por otro lado, Alvarado intentó limitar a la movilización popular para que no rebasara sus cauces moderados. Los trabajadores, a cambio de los beneficios que obtenían debían apoyar e integrarse a las organizaciones creadas y manejadas desde arriba.

Pero no todo quedó bajo las riendas del gobernador. A partir de 1917 un grupo de activistas, capitaneado por Carrillo Puerto fue ganando un ascendiente propio en el campo y centralizando bajo su dirección a ligas de resistencia obreras y campesinas. Se inició entonces otra forma de movilización popular, más cercana a los pueblos, y de la cual surgió una serie de dirigentes locales que vendría a llenar el vacío de poder producido al derrumbarse la política porfirista.

Para 1918 la revolución que se había llevado a Yucatán probó su fragilidad. A fines de año Carranza sacó a Alvarado de la entidad. Al desplomarse la demanda internacional del henequén tanto su precio como su regulación comercial en manos del gobierno se vinieron abajo. La bonanza se tornó en depresión e inflación. La coalición multclasista encabezada por Alvarado se desgarró y comenzó la lucha entre henequeneros y la creciente movilización campesina liderada por Carrillo. Con la ayuda del gobierno carrancista, los hacendados emergieron victoriosos. El gobierno federal atacó con furia los aspectos más radicales de la revolución en Yucatán: exigió a la entidad fondos que ya no tenía, el nuevo gobernador destruyó todo lo relacionado con los socialistas, y las ligas campesinas sufrieron una dura represión. Carrillo salió exiliado y la exigua reforma agraria se suspendió.

La caída de Carranza en mayo de 1920 cambió drásticamente la arena política yucateca, permitiendo al grupo radical y obrego-

nista comandado por Carrillo Puerto establecer su primacía. Carrillo, como tantos otros líderes revolucionarios, tampoco provenía de las capas más bajas del campo. Nacido en el corazón de la zona henequenera, e hijo de un pequeño comerciante se inició como ranchero, pero las enormes dificultades que encontró durante el porfiriato lo llevaron a abrazar otras actividades: en la ganadería, como carnicero, conductor de ferrocarriles, arriero, comerciante, estibador, periodista y en 1914 durante el tiempo que pasó al lado de los zapatistas —experiencia que le dejaría una profunda huella agrarista— en calidad de agrónomo. Durante el viejo régimen, las dotes de este joven que conocía palmo a palmo la península y hablaba con soltura el idioma maya le ganaron un liderazgo entre los pueblos mayas. En ocasiones los ayudó en su lucha contra las haciendas; en otras se arriesgó a burlar al aparato de seguridad de las fincas henequeneras para llevarse y atender a los peones que habían sido castigados físicamente, osadías que le costaron encarcelamientos y represalias físicas.

Una tesis central de Joseph, que contradice las versiones más tradicionales y románticas sobre esta etapa del socialismo yucateco se refiere a la forma como Carrillo Puerto se vio obligado a estructurar sus bases de apoyo político. En junio de 1920 cuando el más connotado líder socialista regresó del exilio encontró casi aniquilada su anterior labor organizativa. Más grave aún, la profunda crisis económica en que se sumió Yucatán desde 1919 seguía haciendo estragos en toda la sociedad local. Carrillo sufría, además, la oposición unificada de los henequeneros, la inseguridad de que el gobierno federal ayudara o por lo menos tolerara su programa radical, y enfrentaba los graves obstáculos que habían coartado la movilización campesina. Ante un panorama tan adverso, y la necesidad de ir implantando ya su programa revolucionario, Carrillo no tuvo más alternativa que formar su maquinaria política con los líderes locales que habían surgido a la sombra del partido socialista desde 1917, no obstante que en su mayoría éstos no estaban seriamente comprometidos con su programa radical, y realmente sólo venían a sustituir a los viejos caciques locales. En la medida en que la conciencia de clase y la capacidad organizativa de los trabajadores distaba mucho de permitirles la realización autónoma de un programa revolucionario, Carrillo tuvo que gobernar por medio de esta estructura de “caciques socialistas” e ir así, implementando desde arriba su revolución.

El socialismo yucateco pretendió rebasar los límites de una mera liberación económica, para devolver a los campesinos mayas el orgullo por su pasado, su idioma, su arte y sus costumbres. El eje de este experimento fue la tierra. Entre 1920 y 1922 la cantidad de tierras ejidales que se entregaron a los pueblos yucatecos alcanzó el punto más alto de la república, con la sola excepción de la entidad zapatista. Atrás de esta reforma había una compleja ideología. Carrillo era un socialista convencido que creía en el ejido y, en última instancia, en la necesidad de socializar todos los medios de producción. Pero su gobierno se enfrentaba a límites estructurales poderosos, básicamente a la crisis henequenera que lo dejó sin recursos con qué financiar un programa reformista y menos uno tan ambicioso como el de los socialistas yucatecos. Carrillo estaba consciente de que, a corto plazo, la expropiación masiva de los henequenerales profundizaría la depresión y agravaría las condiciones de vida de los peones. Más aún, por el momento, los trabajadores de las haciendas parecían interesarse más en obtener mejoras laborales, que en hacerse cargo de los henequenerales.

De aquí que la primera etapa de la reforma agraria carrillista fuera más moderada de lo que él hubiese querido. A pesar de ello se intentó distribuir ejidos a todos los pueblos, anhelo muy ambicioso en el contexto nacional, y que prácticamente fue coronado en unos cuantos años. Las afectaciones frecuentemente incluyeron tierras henequeneras, aun cuando estas expropiaciones estaban destinadas a la etapa ulterior. En Yucatán los trámites ejidales se resolvían con celeridad y los pueblos obtenían casi inmediatamente la posesión real de sus tierras. Además el gobierno mejoró sus técnicas de cultivo y propició las cooperativas y los experimentos colectivistas. Por otro lado, en esta primera etapa no se afectó gravemente a hacendados henequeneros y, en realidad, Carrillo los ayudó a apuntalar el restablecimiento económico y el nivel de vida de los trabajadores.

A fines de 1922 una mejora en el mercado hizo crecer la esperanza entre los socialistas de que el "oro verde" volvería por sus viejos fueros. Medio año más tarde, este optimismo permitía a Carrillo tratar de empezar la etapa definitiva de la reforma agraria: la socialización de todas las fincas henequeneras, mismas que deberían pasar a manos de los campesinos organizados. Para entonces los socialistas contaban con un monopolio virtual del poder político y militar en la entidad, habían acabado con la

oposición partidista, y su engranaje caciquil parecía funcionar eficientemente. En noviembre y diciembre de 1923 Carrillo formuló dos leyes agrarias que, de manera un tanto velada servirían como puntales de su revolución. Éstas exigían la distribución de las utilidades del henequén entre los trabajadores, hacían posible la expropiación de las fincas henequeneras como unidades de explotación y creaban formas colectivas para la propiedad y el manejo de las mismas.

Menos de dos semanas después, al estallar la rebelión delahuertista, y con el apoyo activo de los más grandes hacendados, el gobierno yucateco había sido depuesto y Carrillo trataba desesperadamente de huir. Unos días más tarde el líder socialista con sus más cercanos seguidores eran apresados y fusilados. Los legendarios "sesenta mil hombres" que formaban la liga de resistencia, supuestamente el centro vital de esta revolución, no salieron a la defensa ni de su líder ni de este régimen. Ello muestra la gran flaqueza de éste y de tantos otros experimentos radicales a los que dio pie la Revolución Mexicana: las enormes dificultades en lograr y en consolidar una profunda movilización popular, entre las cuales sobresale el carácter caciquil que frecuentemente las permea. No obstante, sólo la herencia de Alvarado y de Carrillo hicieron posible que el presidente Cárdenas realizara en 1937, una de las experiencias agraristas más ambiciosas de la Revolución: la expropiación masiva de las fincas henequeneras y su transformación en ejidos colectivos.

El trabajo de Gilbert Joseph, basado en extensos archivos tanto yucatecos, como del gobierno federal, y de compañías y gobiernos extranjeros contribuye a explicar varios problemas fundamentales que están ahora en el centro de la discusión académica y política en México y otros países del tercer mundo: el fenómeno del caciquismo, de las condicionantes y obstáculos a la movilización y organización de los trabajadores, así como diversos aspectos de la dependencia en el orden internacional capitalista. El autor muestra una notable capacidad para manejar con soltura e integrar en su narración histórica variables económicas, de la vida política, de la sociedad y la cultura. Sin embargo, en este libro el análisis de la revolución en Yucatán queda trunco ya que los caminos que condujeron a uno de sus momentos culminantes, la expropiación de 1937, apenas se encuentran delineados. Es de desearse que el autor complete esta parte integral de su estudio. De cualquier manera, la presente obra constituye, sin lugar a dudas, uno

de los trabajos más maduros en la nueva historiografía sobre la Revolución Mexicana.

Romana FALCÓN
El Colegio de México

Steven E. SANDERSON: *Agrarian populism and the Mexican State. (The struggle for land in Sonora)*, Berkeley, University of California Press, 1981, xx + 290 pp., 1 mapa.

En México, en el inicio de la década de los años 70, entró en crisis el pilar de la ideología revolucionaria mexicana: la reforma agraria. Lo que originó diversas corrientes de opinión favorables u opuestas. Desacuerdo manifestado en los círculos oficiales en diferentes y a veces contradictorios cursos de acción que, para 1976, en una atmósfera político-económica poco clara, pusieron en entredicho las metas del Estado mexicano sobre el desarrollo de la agricultura y de la reforma agraria. Crisis que se hizo mas evidente en Sonora, estado de fama revolucionaria y de una abundante riqueza agrícola que se enfrentó a un movimiento agrarista el cual negaba la legitimidad de la política agrarista oficial lo que, de hecho, representaba un reto al gobierno federal y ponía en entredicho la "auténtica" ideología de la revolución y la existencia del Estado mexicano posrevolucionario. En el fondo la situación reflejaba algo más profundo: la historia de la formación del Estado y de la sociedad civil en el México independiente.

Dentro de este contexto general y tomando como punto de partida-motivación los sucesos sonorenses de 1975-1976, Sanderson busca en su libro, desde un punto de vista económico-político, tratar la historia de la posesión, usufructo y explotación de la tierra en México a partir de la independencia, considerándola como el núcleo en torno al cual han girado, en busca de legitimación y poder, las diferentes fuerzas conformadoras de la sociedad mexicana. Problemática que, desde otro punto de vista, se centra en la lucha por la delimitación de campos de influencia entre el Estado y la sociedad civil.

El desarrollo del trabajo de Sanderson está formalmente dividido en 3 partes, en las cuales, partiendo de los inicios del régimen